

ARTÍCULOS LA CAJA N.2 (Noviembre / Diciembre 1992)

Gustavo Varela / Billie, mi víctima (Para Billie Holiday)

"Siempre quise pertenecer a la división narcóticos. Por eso, cuando llegó mi nombramiento, supe que me despedía definitivamente del uniforme y de las rondas nocturnas que realizaba por entonces en las calles de Nueva York. Hasta ese momento, mi única tarea había sido la de perseguir vagabundos, llegar a la jefatura con negros borrachos o encontrar a alguien violando una luz roja. Eran tareas menores para lo que yo había imaginado de mi vida como policía.

Por eso, cuando llegó el informe del Departamento Central pidiendo que se refuerce la vigilancia sobre la calle 52 de Harlem, supe que había llegado mi oportunidad. Fui el primero en ofrecerme para redoblar la guardia que debía realizarse en los locales de música que estaban en la 52 y me bastaron realizar dos procedimientos para que me dieran el carnet de mi nueva división, acaso una de las más buscadas por todos los "azules" de calle pero también de aquellas que primero dejan tendido a cualquier policía por la violencia del impacto. Era una división de choque, de esas que pactan la complicidad entre la ley y el delito; de ahora en más yo era uno de ellos, uno de los que ofrecen carne cruda al derecho, uno que se encargaba de empujar malvivientes al infierno. Me sentía orgulloso.

Cuando dejé mi uniforme en el placard, supe que ya no lo volvería a usar y disfrutaba pensando el nuevo estado de impunidad que me concedía mi nueva placa de narcóticos; podía vigilar sin ser visto, conseguía que nadie me viese como un policía y podía pensar en cómo encerrar a esos negros empastados que se meneaban por la calle, sin que ellos se diesen cuenta.

La 52 era la calle del jazz, cubierta de locales que anunciaban sus números con fotos de negros sonrientes, que se mezclaban con el color desteñido de la ropa que colgaban en las ventanas de los edificios. Siempre había negritos sobre la acera, agrupados en pandillas, que se divertían trepándose de los camiones que pasaban. Yo siempre insistía con que era necesario detenerlos, estarles encima, encerrarlos en algún reformatorio católico o simplemente golpearlos cada tanto; yo sabía que mañana deberíamos perseguirlos porque estarían robándole su cartera a las mujeres blancas, a las que ellos odiaban desde chicos.

No era una acción para prevenir, no me importaba hacerlo con ellos; a fin de cuentas tenían el mismo color de piel que sus asquerosos padres. Si los perseguía era porque estaba seguro que me evitarían trabajo al día siguiente.

En general, los locales de música se levantaban en los sótanos que antes ocupaban los prostíbulos; la diferencia era que, ahora, en lugar de un par de piernas calientes había negros con corbatas gastadas, con tabaco pegado en los labios, con piano, trompeta y con esa inmundicia en la sangre que les hacía mover su cuerpo como putas. Sí, creo que el jazz nunca dejó de estar en los burdeles, atendido por negros que seguían buscando ese ansiado refugio de esclavo, pero ahora bajo esta nueva condición de drogadictos. La función que antes cumplía el látigo blanco del amo había sido reemplazada por la aguja, también blanca, que los rellenaba de hule como si fuesen títeres. De los moretones en los brazos, de las picaduras que atornillaban la dosis, de eso debía encargarme yo, de ver a esos empastados negros detrás de las rejas.

Yo los acechaba, me escondía en alguna mesa oscura que disimulase mi cara blanca, los escuchaba tocar y gritar soportando su música con la sola intención de verlos derrumbarse;

entonces, los veía irse detrás del escenario, a esa zona a la que nosotros llamábamos "pista de despegue" y allí encontraba el momento oportuno para caerles encima, para llevarlos a la celda y dejarlos sin más aire que el de sus abstinencias. Me daba asco verlos tras las rejas, babeándose sobre el estuche de los instrumentos, mientras esperaban la sentencia que los mandase a prisión o que, en el mejor de los casos, los pusiese nuevamente en la calle. Todos los policías de la división pensaban que era un error de la justicia el que algunos de ellos recuperasen su libertad por falta de pruebas. En cambio yo no; yo creía que era lo más conveniente para destruirlos, pues la mejor manera de acabarlos era que se derrumbasen lentamente y no de un solo golpe.

La ventaja que yo les llevaba a mis compañeros de "narcóticos" consistía en que ellos ignoraban que el tiempo y la droga son los mejores aliados de un policía, ya que forman entre sí una amalgama más dura que el machete y no hace falta golpearles la boca a los negros para que se les caigan sus dientes. La heroína devoraba sus encías segundo a segundo.

Por ese entonces creía que la tarea de un policía de "narcóticos" era esperar tranquilo y gozar el momento en que el resorte de la ratonera se accionase solo, cuando esas ratas sonoras fuesen por más queso para calmar su adicción. Todo fue así hasta aquella noche del "Pop's and Jerry" cuando la vi por primera vez y entonces sentí mis rodillas como dos huesos inútiles. Ella estaba arrumbada sobre el piano; no era más que una negrita con una flor en la cabeza. Todo estaba quieto; ni siquiera yo levantaba mis tacos como lo hacía habitualmente cuando descubría una presa sabrosa. Todas las miradas estaban con ella sobre la madera del piano, incluso la mía. Me alarmé cuando me descubrí extasiado por los gritos de una negra barata y sentí que me faltaba el aire. No pude quedarme allí un segundo más; tampoco pude averiguar ni su nombre ni su edad hasta que no encontré su ficha al día siguiente. Decía que se llamaba Eleonora Fagan y que había nacido en Baltimore en abril de 1915. Si tenía un prontuario era porque había participado de un confuso incidente, en el que ella acusó a un vecino de violación cuando tenía diez años. A consecuencia de esto fue a parar a un reformatorio de monjas durante un tiempo que, según creo yo, no le sirvió demasiado pues unos meses después estaba vendiendo sus servicios en un sucio burdel de Baltimore. Pude enterarme con el tiempo, que allí fue donde escuchó por primera vez a Bessie Smith y a Louis Armstrong de los que tomaría agonía y estilo para pasarlos por su garganta.

Su historia era tal como la pensaba: una abuela esclava servida doce veces por su amo irlandés; un padre borracho que los había abandonado con su guitarra antes de que naciera; una madre sirvienta, que la había conocido cuando tenía trece años y que sólo sabía fregar el piso de los blancos; y ella, que deambulaba todo el día por la calle sin conocer siquiera su nombre real pues la apodaban Billie por su aspecto de marimacho.

La noche en que la vi por primera vez, ella debutaba como cantante. Ese día entendí que mi carrera como policía había terminado: porque la vi cantando y sentí miedo, porque me había dejado duro el modo en que pronunciaba las palabras, porque sentí que yo no podía hacer nada que ella no supiese; porque había encontrado a mi víctima, esa única víctima que todo buen policía tiene en la cabeza y que lo impulsa a encerrar, a perseguir noche y día, a matar y a resucitar tantas veces aunque se trate de nombres y huellas que cambian en cada procedimiento. Yo había encontrado a la mía esa noche en un local de mala muerte.

Las palabras difícilmente traducen una voz con su música. Para evocar a Billie presentamos momentos de su vida en fuga y un breve resplandor de su concepción del mundo.

Lo primero que hice para atraparla fue presentar un informe en el que la acusaba de consumo de estupefacientes, pero cuando los sabuesos requisaron su casa no encontraron nada. Luego hice

que le colocaran una dosis en su bolso pero ella lo descubrió y la arrojó al inodoro antes de que yo llegue. La perseguía todo el día sin que ella lo supiese; trataba de cercarla, pero todo lo que intentaba no servía. En algún momento pensé que nunca lograría encerrarla y todo se hizo aún más difícil cuando conoció al productor John Hammond quien la llevó a grabar con Beny Goodman, un judío blanco de buena familia y limpio como una monja.

Conoció entonces a Lester Young, un pianista tan negro como su instrumento, al que yo había arrestado en varias ocasiones por consumo. Jamás pude imaginarme que iba a ser él quien me abriese las puertas para llegar a ella. Lester era una esponja viciosa capaz de inyectarse su propia orina con tal de volar un poco y yo sabía que ella no tardaría mucho en subirse al aire, pues Billie creía todo lo que Lester decía, y por qué no habría de creerle, entonces, que con la pasta se puede ser libre aunque se tenga la piel oscura. Lester fue la tragedia que la llevó a mi terreno. Así fue que obligué a uno de los pasadores del Harlem a que le diese al negro una dosis de más cuando saliesen juntos de Apolo Theatre, y no me equivoqué. Los seguí hasta el hotel donde vivían y esperé pacientemente que él se inyecte y que ella le pida un poco y Lester se niegue; ella entonces volvería a insistir y él le ajustaría la goma sobre el brazo y le daría el veneno que la suspendería a miles de metros del suelo. Cuando entré en la habitación la vi tirada sobre la cama, con los ojos mirando el techo, sonriendo y con sus enormes tetas expuestas al frío de la noche. Me acerqué para verla, alcanzó a balbucear algo que no pude entender; creo que tampoco llegó a reconocerme. Vi las picaduras en su brazo derecho y me sentí desbordado de alegría; sus frutillas maduras seguían seduciéndome y abrió sus piernas esperando que yo le caiga encima. Esta noche ya lo hicimos, le dije. Cuando iba a cerrar la puerta, antes de irme, y la vi tendida en el suelo, arrastrándose por una nueva dosis, comprendí que había acertado mi primer golpe. De allí en más todo se hizo fácil; el éxito de sus discos venía con fuertes sumas de dinero que ella usaba para mantenerse despierta. Mientras tanto yo seguía al acecho, esperando el momento oportuno para volver a golpearla. Llegaron los años 40, ella brillaba como una verdadera estrella y su voz gemía junto a Teddy Wilson todas las noches desde el Café Society o en la calle 134, en una *jam session* interminable con Charlie Parker o Miles Davis. Todos ellos estaban convencidos que le ponían pirotecnia a las bases mismas de la ciudad con su música, pero yo sabía que no eran más que una manada de negros malvivientes a los que había que mantener vigilados hasta poder encerrarlos.

Billie se casó por esa época con Joe Guy, un trompetista mediocre que le gustaba gastarse en los prostíbulos de la zona el dinero que ella le proveía. Supe, por entonces, que su padre andaba también en algo sucio y me fui hasta Chicago junto con algunos muchachos de la brigada para arrestarlo. Pero ocurrió que el tipo se resistió y no pude más que meterle dos tiros en el pecho y dejarlo tendido en el piso, junto a su guitarra. Fui yo el que le avisó por teléfono a Billie que su padre había muerto en un incidente confuso; ella apenas me escuchaba pues estaba volada, pero igual oí que lloraba desconsoladamente.

Las actuaciones se repetían en todos los estados del país; ya llevaba una infinidad de discos grabados y los contratos le brotaban por todas las ciudades. Había llegado el momento de arrestarla por primera vez, para calmar esa maldita sonrisa de negra que relucía bajo las gardenias que siempre ponía en su pelo. Cuando la encontré acostada en la habitación de un lujoso hotel de Filadelfia, estaba buscando la vena con la aguja; esperé que la heroína se apropiase de su sangre y en esos primeros segundos del efecto puse mi revólver en su nuca para sentir el temblor con el que se retorció su cuerpo. Aquella primera acusación por tenencia la hizo viajar hasta la Prisión Federal de Alderson por un año y un día. Mientras ella estaba encerrada cumpliendo su sentencia me ocupé de ir uno por uno a los locales de Nueva York para hacerles recordar a sus dueños que no podían dejarla actuar cuando saliera de la cárcel. Así lo disponían las leyes y yo me encargué de amenazarlos para que las cumplieran.

Era el final. Mi víctima ya no podría cantar en el Harlem y eso era lo mismo que condenarla al olvido. Podría sí, dar un concierto en algún teatro, pero iba a estar lejos del lugar donde se cocinaba el jazz de los negros.

Creí que con esto ya estaba acabada, creí que su voz ya no iba a poder rastrear la cima nuevamente. Las rejas terminan con todos, incluso con los de sangre irlandesa, pensé. Pero no, me había equivocado pues ella estaba ahí el día del regreso, preparando su concierto con el pianista Bobby Tucker. Diez días después de salir de la cárcel cantaba en el Carnegie Hall para una impresionante cantidad de público que se desesperaba por verla. Yo estaba ahí, tratando de frenar la depresión en la que había caído al no verla acabada, porque esa noche sus ojos no se desorbitaron en ningún momento y por más que revisé su camarín de arriba a abajo no pude encontrar nada. Mi presa se me escapaba y yo no podía tolerarlo y esa noche no sabía por dónde continuar.

Billie era distinta al resto de los negros. Cuando parecía sometida siempre encontraba un modo de zafarse. Necesitaba un lazarillo; mi víctima me había dejado ciego en el Carnegie y yo estaba mucho más cerca de sus piernas que de mi deber. No soporté su internación en una clínica privada para curarse definitivamente e igual la perseguí, la denuncié, la hice fotografiar viciosa aunque ella estuviera limpia. Negocié con John Levy para que sea su representante y la mantenga y la lleve al esplendor nuevamente y le compre un tapado de visión azul y un Cadillac y le esconda las dosis en el hotel, para que, en una escandalosa razzia, me la lleve detenida nuevamente. Pero ella se encargó de demostrarle al jurado que estaba limpia y salió y se fue a Europa.

La esperé pacientemente aunque ya no estaba seguro de volver a encontrarla empastada, pues ella supo que era yo el que la perseguía cuando Levy declaró en el juicio que trabajaba en la brigada de narcóticos que yo comandaba.

Se cuidó entonces de que le ande cerca. Cuando me veía escupía en el suelo con furia y venía corriendo a enfrentarme. Desaparecí de su vista por un tiempo y no pude más que buscar un pasador que le diese la dosis que yo le proveía, para seguir teniéndola dominada con la basura que ella necesitaba como el aire. Las dosis iban en aumento y ella ya no podía resistirse, ni quería.

Dió su último concierto en mayo de 1959, unos días antes de ser internada por una congestión pulmonar. Sólo me quedó arrestarla unos meses después en el hospital; su internación se prolongaba y no iba a permitir que su muerte la encontrase limpia. Ese día fui solo, con la orden en el bolsillo y sin llevar mi pistola encima pues no hacía falta. Ella estaba atravesada por el suero sin poder moverse. Me acerqué hasta su bolso, que estaba colgado de un clavo a dos metros de la cama y allí dejé unas dosis de heroína que justificaran mi acusación. Ella no podía levantarse. Me miró entregada, como nunca antes la había visto y vió en mis ojos que yo también me estaba curando. La sujeté con las esposas a la cama y aunque sabía que ya no podía escaparse, me quedé con ella vigilándola, hasta que al fin dejó de respirar.

Tuve la certeza de que la había vencido"

Billie Holiday murió a los 44 años en el Metropolitan Hospital de Nueva York.

GUSTAVO VARELA

Gustavo Varela es profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Es, además, músico.

Ediciones en CD de Billie Holiday

-Billie Holiday and her orchestra (1933-1940)

-Lady in satin

-Lady in Autumn (1946-1953)

-Lady's Decca Days

-Me, myself and I

-Billie Holiday Live

LA CAJA N.2 (Noviembre / Diciembre 1992)

"Hambre y amor" / Billie Holiday

Me han dicho que nadie canta la palabra "hambre" como yo. Ni la palabra "amor".

Tal vez yo recuerde lo que quieren decir esas palabras. Tal vez soy lo bastante orgullosa para querer recordar Baltimore y Welfare Island, la institución católica y los tribunales de Jefferson Market, al sheriff en nuestra casa de Harlem, las ciudades y poblaciones donde recibí golpes y me hice cicatrices, Filadelfia y Alderson, Hollywood y San Francisco... todo aquéllo.

Ni todos los Cadillac y visiones del mundo -y he tenido unos cuantos- pueden remediarlo o lograr que lo olvide. Todo lo que he aprendido en esos lugares y de esas gentes está contenido en esas dos palabras. Tienes que tener algo que comer y un poco de amor en tu vida para aguantar un condenado sermón de alguien sobre la forma en que debes comportarte.

Todo lo que soy y todo lo que deseo de la vida se remonta a esas cosas.

Fijate en mi sueño dorado! Siempre ha sido el de tener una gran casa en el campo, un sitio en el que pueda cuidar perros extraviados y niños huérfanos, niños que no han pedido que los trajeran a este mundo, niños que no pidieron ser negros, azules, verdes o de un color intermedio.

A mí me bastaría con estar segura de una sola cosa: que nadie en el mundo los quiera. Entonces me los llevaría conmigo. Tendrían que ser ilegítimos, sin mamá ni papá.

Habría lugar para veinticinco o treinta, con tres o cuatro mujeres rollizas y cariñosas como mi madre para atenderlos, alimentarlos, ocuparse de que los cabroncetes fuesen a la escuela... y de darles un coscorrón en la cabeza si hacen algo incorrecto, pero quererlos tanto si son buenos como si son malos. Tendríamos una delirante cocina, enorme, con un fogón amarillo verdoso y heladera haciendo juego, donde yo supervisaría la comida y me ocuparía del horno. Podríamos tener un médico y una enfermera, además de un par de maestros. Pero siempre me tendrían alrededor para explicarles lo que yo llamo enseñanza... y que no consiste en conocer

la ortografía correcta de Mississippi, sino en que estén contentos con ser quienes son y lo que son.

Cuando tengan edad suficiente para salir y hacer de canguros y realizar pequeñas tareas o ponerse a trabajar por su cuenta, que se vayan. Siempre habrá más.

Los adultos se las arreglan de alguna manera. Pueden tener un poco más o un poco menos que comer, un poco más o un poco menos de amor, pero ésto no es fatal.

Y los niños? Fijate en mí. Yo no le pedí a Clarence Holiday ni a Sadie Fagan que se unieran en ese zaguán de Baltimore y me parieran y luego tuvieran que dejarme recibiendo golpes y empujones con mi vida propia. Sí, mi madre se ocupó de mí lo mejor que pudo y fue una mujer extraordinaria. Pero sólo era una cría; sus pesares eran peores que los míos. Sólo era una cría tratando de criar a otra cría.

Sea como fuere, éste es mi sueño dorado... pero hay otro.

Toda mi vida he deseado tener mi propio club. Un local pequeño en el que pueda entrar y me estén esperando mi piano, la batería y una guitarra rítmica. Me gustaría que estuviese abarrotado con sólo ciento veinticinco personas... así de íntimo lo quiero.

He luchado toda mi vida para poder cantar lo que quería tal como quería cantarlo. Antes de morir quiero un local propio donde nadie pueda decirme cuándo empieza la función. Podría cantar a las nueve de la noche o a las cuatro de la madrugada, cuarenta y nueve canciones o una sola. Incluso podría interrumpir a la banda en medio de un número y cantar algo que me apeteciera en ese momento.

Pero allí mis amigos podrían ir a relajarse y a disfrutar... a dormir si lo que querían es dormir, a comer si lo que quieren es comer.

Y yo dirigiría personalmente la cocina. Quizá no cocinara todas las cosas, pero supervisaría, probaría y me ocuparía de que fuera el tipo de cocina que me gusta y de que estuviera bien hecha. Solía reirme de mamá cuando soñaba con su restaurante... y mira lo que me ocurre a mí.

En mis tiempos podría haber tenido una docena de clubs, pero siempre estuve poniendo la cara para beneficio de otros. Incluso hoy hay promotores dispuestos a respaldar un club de mi propiedad. Pero yo no aceptaría el dinero de nadie aunque fuese tan tonto como para dármelo. Siempre tendría miedo de que alguien escondiera algo en mi local, me incriminara, hicieran una redada y me detuvieran.

Además, tendría que demostrar que todo es mío y sólo mío para que las leyes me permitieran cantar allí. Y de todos modos, yo tendría que saber que es mío antes de cantar en mi local.

Un cantante no es como un saxo, aunque a veces la gente actúa como si lo pensara. Si no suenas bien, no puedes salir a comprar unas lengüetas nuevas, darles forma y colocarlas. Un cantante sólo es una voz, y una voz depende exclusivamente del cuerpo que Dios te ha dado. Cuando abres la boca, nunca sabes lo que ocurrirá.

Se supone que nunca me deben doler las muelas y que no debo ponerme nerviosa; no puedo vomitar ni enfermar del estómago; se supone que no puedo coger una gripe ni tener dolor de garganta. Se supone que debo salir a escena lo más bonita posible, cantar bien y sonreír.

Por qué? Porque soy Billie Holiday y he tenido problemas.

Louis y yo hemos hecho muchos kilómetros juntos en tren, en avión, en diversos transportes. Pero nunca olvidaré la noche en que volvíamos de la costa en avión.

Cuando ocupamos nuestros asientos en el enorme y elegante avión de línea, supe que el hombre que estaba a mi lado provocaría una escena. Me lo oí. No podía estarse quieto, adelantaba la cabeza para mirarnos. Puso en evidencia que lamentaba no haber tomado el tren, donde no se habría visto obligado a sentarse junto a unos condenados negros.

No le presté la menor atención; porque es algo que me ha ocurrido muchas veces. Pero Louis se picó.

No llevábamos media hora de vuelo cuando se prendió fuego en uno de los motores. Al poco rato la superficie del ala estaba ardiendo y todos pensamos que había llegado nuestro fin.

Tendrías que haber visto a nuestro arrogante vecino de asiento. Al instante apeló a la religión. Quiso tomarle la mano a Louis. Intentó ser amable. Hasta pretendió decir que no había querido mostrarse desagradable, que lo lamentaba y que los tres debíamos rezar juntos.

A los quince años Louis había sido predicador y estaba dispuesto a seguirle la corriente. Yo aluciné.

-Ese hombre ni siquiera quería estar sentado a mi lado hasta que creyó que iba a morir -le dije a Louis. Luego me volví y le hablé a un vecino de asiento-: Usted muera en su asiento, señor, que nosotros moriremos en el nuestro.

De alguna forma se capeó el temporal y el avión aterrizó en el aeropuerto.

Una vez en tierra, el hombre estaba tan avergonzado de sí mismo que pasó junto a Louis sin dirigirle la palabra ni saludarlo.

-Señor McKay -dije a mi marido-, hoy has recibido una lección. Alguna gente es gente y otra gente no lo es. Ese hombre no es gente.

He descubierto que las cosas eran así y que todavía siguen siéndolo. *

BILLIE HOLIDAY
